

ACTUALIDAD EDITORIAL DE LA HISTORIA CONCEPTUAL

Lorena Rivera, María G. Navarro,
José Manuel Sánchez Fernández

Reseña de Lorena Rivera León de *Isegoría. Revista de Filosofía moral y política*, Madrid, Instituto de Filosofía del CSIC, n° 37, 2007 (monográfico sobre “Teoría y práctica de la Historia Conceptual”) y del libro F. Oncina Coves (ed.), *Teorías y prácticas de la historia conceptual*, Madrid-México, CSIC-Plaza y Valdés, 2008.

La figura del ya extinto Reinhart Koselleck sirve como aglutinante de los dos volúmenes que me propongo reseñar. En primer lugar, porque, tanto desde el monográfico de *Isegoría* dedicado a “Teoría y práctica de la Historia Conceptual” como en el libro editado por Faustino Oncina Coves, *Teorías y prácticas de la historia conceptual*, del que el primero en buena parte se nutre, se le quiere rendir una suerte de homenaje póstumo al profesor de Bielefeld dando una muestra de la innegable actualidad y validez de su pensamiento en la discusión filosófica, pero también en el ámbito de otras disciplinas entre las que destaca por supuesto la historia. En segundo lugar, porque ya desde los rútilos de las dos obras que son aquí objeto de recensión, títulos ambos con claras resonancias a la *Begriffsgeschichte*, puede intuirse como inviable cualquier intento de aproximación a la materia que se aborda en sus páginas en el que la figura de Reinhart Koselleck no cobre cierto protagonismo, bien sea como voz autorizada que acompañe con firmeza y pujanza una orquestación dialéctica orientada a la defensa de tesis afines o bien como contrapunto insoslayable para cualquier batuta de tendencia opuesta que no quiera resultar chirriante. Nombres como los de Hans-Georg Gadamer, Hans Blumenberg o Joachim Ritter aparecen repetidamente a lo largo de las obras que aquí rese-

ño, pero ninguno lo hace con la centralidad que ocupa el del denunciante de la modernidad velociferina en la que nos hallamos.

Ya he mencionado que parte de los materiales que constituyen el volumen nº 37 de *Isegoría* aparecen igualmente publicados en *Teorías y prácticas de la historia conceptual*, texto editado por Faustino Oncina. La mayor parte de las contribuciones que integran este trabajo colectivo se presentaron inicialmente en un congreso celebrado en la Universitat de València entre el 27 y el 29 de noviembre de 2006 al que tuve la suerte de asistir y que contó con la participación de los principales especialistas en Historia Conceptual de España y con la presencia de algunos de los más reputados expertos a nivel internacional. A sus ponencias se han añadido en la edición del volumen colectivo algunos otros ensayos redactados igualmente por grandes estudiosos de la materia que no pudieron acudir a la cita en Valencia. En este evento, en el que se quiso, amén de promover la discusión intelectual en torno a la Historia Conceptual, rendir homenaje al entonces recientemente fallecido Reinhart Koselleck, coincidieron por una parte investigadores centrados en reflexionar teóricamente acerca de esta corriente de pensamiento y por otra quienes la aplicaban de modo práctico a ámbitos concretos, ya fuera atendiendo a autores, períodos, temáticas, léxicos o disciplinas determinadas. Esta doble orientación característica del mencionado encuentro se aprecia igualmente en las contribuciones a los dos volúmenes reseñados.

En el monográfico de *Isegoría* aparecen no sólo artículos, sino también reseñas, notas y discusiones consagrados a la Historia Conceptual. En el apartado dedicado a la crítica de libros, José Manuel Sánchez Fernández ofrece una reseña de *Crítica y crisis* de Reinhart Koselleck, Karina Pilar Trilles hace lo propio con *El poder. Para una historia de la filosofía política moderna*, obra coordinada por el profesor Giuseppe Duso. Rocío Orsi se encarga de la crítica de *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, que tiene como editor a Enrique Bocardo, mientras que Pedro Cerezo da su visión del *Diccionario de conceptos de Baltasar Gracián*, coordinado por Elena Cantarino y Emilio Blanco.

De entre los artículos y notas de la revista publicada por el CSIC tan sólo siete aportaciones no están ni relacionadas con el libro *Teorías y prácticas de la Historia conceptual* ni recogidas por tanto en él. El ensayo de Adela Cortina “*Ethica cordis*” incide en la necesidad de que la ética del discurso sea también una *ethica cordis* si ha de servir como óptimo fundamento para la ética cívica de

una sociedad moralmente pluralista. En “Somos conflictivos, pero... Actualidad de la tesis de Kant sobre la *insociable sociabilidad* de los humanos y su prolongación por parte de Hegel”, Ferrán Requejo y Ramón Valls atienden a la conocidísima tesis kantiana de la *insociable sociabilidad* y a cuestiones relacionadas con ella en la filosofía del autor de la *Crítica de la razón pura*. Es el caso de la paz perpetua, el cosmopolitismo y el patriotismo. Prestan asimismo especial atención a la recepción de la filosofía práctica de Kant por parte de Hegel, pues entienden que la tesis de la insociable sociabilidad permite comprender y pensar mejor las dificultades de las democracias modernas y en general el contexto sociopolítico en que nos encontramos.

Ya en el apartado de notas y discusiones, Maximiliano Hernández, que participa con un texto diverso en el volumen *Teorías y prácticas de la historia conceptual*, presenta aquí un escrito titulado “La protección del medio ambiente como derecho y virtud. La ética kantiana de la responsabilidad con la naturaleza”, en el que liga de manera pertinente el debate actual en torno a la protección del medio ambiente con el programa ético kantiano. Abordando una temática del todo diversa, Esteban Antxustegui Igartua intenta aproximarse al modo en que Pío Baroja se enfrentó al hecho histórico y propone con su texto “Pensamiento, historia y acción en Baroja” un homenaje al escritor vasco cuando se cumple poco más de medio siglo de su desaparición. En “Punto de fuga para la Acción. Pequeño esbozo de una facultad inexistente” Ricardo Gutiérrez Aguilar aborda las dificultades teóricas inherentes a la concepción más ingenua o espontánea de la voluntad y ello en relación con el libre albedrío. En “La mortalidad, morada del ser humano” Rocío Orsi realiza un análisis del último ensayo de Javier Gomá *Aquiles en el gineceo, o aprender a ser mortal*. Por último, Yolanda Ruano toma como punto de partida el libro de José M^a González *La diosa fortuna. Metamorfosis de una metáfora política*, Premio Nacional de Ensayo 2007, para reflexionar en torno a las relaciones entre la Razón y uno de sus antagonistas naturales: la Fortuna.

Concentrándonos ya en el grueso de *Isegoría* dedicado a la Historia Conceptual quizá convendría comenzar por destacar las aportaciones de dos importantes expertos italianos en la materia. El profesor Giuseppe Duso es *il capo* de un importante grupo de estudiosos que mantienen posicionamientos propios diferenciados de la *Begriffsgeschichte*. Fue el fundador en los años setenta en Padua del grupo de investigación acerca de los conceptos políticos que terminó por dar lugar al prestigioso Centro di Ricerca sul Lessico Politico

Europeo de Bolonia. Además de ello se mantiene al frente del Centro Interuniversitario di Ricerca sul Lessico Politico e Giuridico del que fue cofundador en 2001. En su texto “¿Qué conceptos políticos para Europa?” se interroga acerca de la necesidad de superar los conceptos políticos heredados de la modernidad cuando se aplican al contexto de la nueva configuración de Europa. Por su parte Sandro Chignola, aventajadísimo discípulo del profesor Duso y muy destacado miembro del ya citado Centro Interuniversitario di Ricerca sul Lessico Politico e Giuridico, se centra en su escrito “Temporalizar la historia. Sobre la *Historik* de Reinhart Koselleck” en la propuesta del profesor de Bielefeld poniéndola hábilmente a prueba. Junto a los ensayos de los dos especialistas italianos hay en *Isegoría* una tercera colaboración de autoría no hispánica firmada por Olivier Remaud (École des Hautes Études en Sciences Sociales de París/Centre Marc-Bloch francoallemand de Recherches en Sciences Sociales de Berlín). El profesor francés afronta en “Pequeña filosofía de la aceleración de la historia” el tópico koselleckiano al que hace referencia el título mismo de su trabajo.

También en los textos de los autores españoles se le otorga a la figura de Reinhart Koselleck una atención primordial. Buen ejemplo de ello es el ensayo del editor del volumen *Teorías y prácticas de la Historia Conceptual*, el profesor Faustino Oncina Coves de la Universitat de València, en el que se analiza la actitud del autor de *Futuro pasado* con respecto a las disputas de los historiadores y filósofos alemanes contemporáneos, representantes de dos disciplinas para las que la *Historik* koselleckiana ha supuesto una aportación valiosa. Principal protagonismo adquiere la polémica acerca de la actitud de destacados representantes de ambas materias frente al nacionalsocialismo. En este contexto los estudios de Koselleck acerca de la iconografía de la muerte violenta resultan significativos.

En el libro editado por Plaza Valdés aparece una contribución de Jorge Pérez de Tudela (Universidad Autónoma de Madrid) titulada “*Historia magistra vitae*. Un apunte preliminar sobre la obra de Koselleck”, que se centra también en la figura del autor de *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués* prestando especial atención a su sensibilidad respecto del magisterio histórico. Precisamente otro de los textos recogidos en *Isegoría* está firmado por un historiador, Javier Fernández Sebastián (Universidad del País Vasco), que aprovecha su aportación “*Iberconceptos*. Hacia una historia transnacional de los conceptos políticos en el mundo iberoamericano” para

exponer de manera muy sucinta, casi esquemática, cuál es el origen, así como los objetivos, hipótesis y metodología del ambicioso programa de investigación *Iberconceptos* que él dirige y en el que participan especialistas tanto de América Latina como de los dos países ibéricos (España y Portugal). Tan extenso como bien coordinado grupo de trabajo constituye un ejemplo paradigmático de cómo el desarrollo de la Historia Conceptual, tanto de tradición alemana (*Begriffsgeschichte*) como anglosajona (*History of Ideas*), que se da dentro del terreno de la historiografía, puede dar magníficos frutos, tales como el proyectado *Diccionario histórico comparado del lenguaje político y social en Iberoamérica*, que poco a poco va siendo completado en sus diversas entradas.

Por otra parte, dentro del territorio español, la vertiente filosófica de la Historia Conceptual tiene en el profesor José Luis Villacañas, catedrático de Filosofía Moral y Política de la Universidad de Murcia, a uno de sus mejores cultivadores. Director de la revista *Res Publica* y de la *Biblioteca Virtual de Pensamiento Político Hispánico Saavedra Fajardo*, participa en el monográfico de *Isegoría* con el interesantísimo a la par que sorprendente texto “Acerca del uso del tiempo apocalíptico en la Edad Media”.

Participantes también en el proyecto de la *Biblioteca Virtual de Pensamiento Político Hispánico Saavedra Fajardo* son Maximiliano Hernández (Universidad de Salamanca), Patxi Lanceros (Universidad de Deusto) y Elena Cantarino (Universitat de València), cuyas contribuciones están recogidas en *Teorías y prácticas de la Historia Conceptual*. El primero examina en “Historia Conceptual y Metaforología” la relación entre las materias que dan al texto su título. Para ello toma como punto de partida y referente la controversia surgida a raíz de la publicación del primer volumen del *Diccionario histórico de filosofía* por parte de Joachim Richter, en el cual quedan excluidas las metáforas. Patxi Lanceros lleva a término un ejercicio práctico de Historia Conceptual al reflexionar en torno al concepto de “justicia” en un texto que se titula precisamente “Justicia. Una (leve) historia conceptual en perspectiva política”. Elena Cantarino, especialista en el Barroco español y en particular en la obra de Baltasar Gracián, realiza asimismo una aportación a la práctica de la Historia Conceptual. Para ello lleva a cabo dos operaciones diversas, pero complementarias: analiza en primer lugar la consideración misma del “concepto” por parte del autor del *Criticón* y presenta después las directrices que se han seguido en la elaboración del *Diccionario de conceptos* de Baltasar Gracián, del que es coautora. Ilustra

asimismo el funcionamiento y utilidad de este léxico ofreciendo el ejemplo del término “descifrar” que se halla incluido en él.

En “El trabajo público de los conceptos” Antonio Gómez Ramos (Universidad Carlos III) se pregunta cómo se elaboran las experiencias históricas en el espacio público y para dar respuesta a esta cuestión confronta la Historia Conceptual de Reinhart Koselleck con la manera en que Hannah Arendt desarrolla la noción de política. El resultado, según él lo expone, puede ser clarificador en relación con las muy actuales peticiones de revisión del pasado y memoria histórica. Otro texto que tiene como núcleo el análisis crítico de la propuesta de la *Begriffsgeschichte* de Koselleck es el de María G. Navarro (Instituto de Filosofía-CCHS del CSIC) “Teoría y práctica conceptual: vida de los conceptos, vida de la lengua”.

Antonio Gómez Ramos y María G. Navarro son miembros del equipo de investigación “Una nueva filosofía de la historia para una nueva Europa”, dirigido por Concha Roldán (Instituto de Filosofía-CCHS del CSIC), quien también realiza su aportación al volumen *Teorías y prácticas de la Historia Conceptual*. Johannes Rohbeck (Technische Universität Dresden), que forma asimismo parte de este grupo de trabajo, participa en la obra colectiva con “Filosofía de la historia, historicismo, *posthistoire*. Una propuesta de síntesis”.

Por último merecen ser mencionadas aparte las aportaciones a la teoría y la práctica de la Historia Conceptual de un grupo de autores que sitúan en el mundo antiguo el campo de sus investigaciones. Es el caso, en primer lugar, del profesor José Montoya (Universitat de València), que en “Lo verosímil en la ética de Aristóteles: una aporía en el vocabulario filosófico griego” destaca el dominio de la idea de verosimilitud en la filosofía moral del estagirita frente a la centralidad que posee la certeza para la modernidad en este mismo campo de reflexión filosófica. Ya en el volumen *Teorías y prácticas de la Historia Conceptual* Cristina García Santos (UNED) se ocupa, a la luz de Gadamer, del tema: “El diálogo platónico como tarea (interminable) de deshacer y rehacer conceptos con palabras”. Finalmente Juan de Dios Bares (Universitat de València) retoma en “Historiografía filosófica en el Mundo Antiguo: el caso de Sócrates” la así llamada “cuestión socrática”. Contempla en particular la pertinencia de acudir, además de a los autores y textos clásicos al respecto como son Platón, Jenofonte, Aristófanes en *Las nubes* y Aristóteles, a otras fuentes secundarias y examina en particular *Vidas y obras de los filósofos más ilustres* de Diógenes Laercio.

Las dos obras que aquí se han reseñado ofrecen fructíferas aportaciones de una parte muy significativa de especialistas en esta temática, y constituyen un balance crítico, que será de nuevo aquilatado en el II Congreso Internacional de Teoría y Práctica de la Historia Conceptual en otoño del 2008.

Reseña de María G. Navarro de *Conceptos*. Revista de investigación graciana, La Coruña, Universidad da Coruña, n° 5, 2008 (número monográfico sobre historia conceptual).

Una empresa de inspiración graciana no puede por menos que hacer suya la consigna de que el mejor atajo para ser persona consiste en *saberse ladear*. Acaso no habría de tildarse de atajo al camino a través del cual las cosas, las palabras y las personas entran en relación, si consideramos que esta actividad mediadora se da bajo la circunstancia de la necesidad, y es por ello un ingrediente no sólo inobjetable sino inevitable y recurrente en el curso de una existencia. Pero si nos fijamos atendiendo al detalle —allí donde las cosas se nos muestran esenciales o elocuentes—, lo cierto es que el camino de la mediación y la comunicación no es necesario; de ahí que para llegar a él sea menester hacer uso del ingenio, el gusto, el artificio y la ponderación que llevan seguramente a encontrar infinidad de formas para ladear todos los caminos del decir y el expresar las cosas, a fin de hacer de todo una auténtica *sabiduría conversable*, que no es la sabiduría *more geometrico*, sino la de aquella con que nos ladeamos seguros de que siempre hay para las cosas dichas un aún por decir de su secreta geometría *more hermenéutica* y, consiguientemente, *more heurística*.

Conceptos, una revista de inspiración graciana, hace suyo desde hace un lustro el oráculo del jesuita: atajando, centra su investigación en el análisis de aquellos artificios del pensar que, andando el tiempo, se nos muestran revestidos del ingenio de muchos. Son los conceptos. Que todos exprimimos para expresar cultamente ese sinfín de atajos con los que la idea de un solo camino hacia las cosas —incluso tratándose de entidades matemáticas— se diluye y torna aun irrepresentable una vez oteada la verdadera carta geográfica de lo existente. Atiborrada, repleta de meandros, surcos, riachuelos, huellas y toda clase de vestigios significativos, la cartografía geográfica es una metáfora de la cartografía conceptual. Por ello, *Conceptos*, un mapa imaginario del que da fe el

Siglo de Oro, y en el que el único camino necesario y universal es el que adquiere la cualidad de la claridad y la distinción ladeándose a través del gusto, practica con sutileza la tarea editora al seleccionar investigaciones que reparan en el entendimiento de problemas y asuntos por medio del trabajo de análisis y conversación de conceptos.

Conscientes de que una empresa así no se puede encarar sin volverse hacia todos los lados, en el número cinco de la revista *Conceptos*, Emilio Blanco y Elena Cantarino (quien, además, ha asumido la tarea de coordinadora en este último número) han seleccionado estos trabajos que tienen en común la índole filosófica y la atención bien hacia la historia como problema bien hacia el historiar de algunos conceptos, mas sin que ninguno de estos rasgos —a saber: el filosófico, el histórico— pueda añadir uniformidad al espíritu de esta revista de investigación graciana que prefiere dejar el sueño de la uniformidad temática a coetáneos preocupados por una concepción disciplinaria en que se arruina la función renovadora de las afinidades electivas del gusto cuya región ondea y se ladea hacia más páramos y recovecos que los apuntalados por el sueño monotemático del saber de algunos.

El amable lector encontrará en este número ocho trabajos de rigor que bien podrían dividirse en dos grandes perspectivas, a saber: la implicada en una indagación de los aspectos metodológicos de la historia conceptual y aquella otra volcada en el análisis conceptuoso de casos concretos que devienen conceptos. Las dos perspectivas, bien que la primera parece reservarse la dimensión especulativa en un primer plano, no pueden considerarse separadamente, puesto que la indagación conceptual es una forma de investigación histórica y, en los mejores casos, no puede efectuarse sin el conocimiento del conjunto de problemas especulativos considerados expresamente por la *Histórica*.

La ventaja de tener en las manos una publicación así es, precisamente, la de que los autores que publican aquí sus trabajos conocen con detalle el legado filosófico concernido en la historia conceptual o historia de los conceptos, y que, por ello, la investigación centrada en la índole particular de un concepto (filosofía política, amistad, filosofía de la naturaleza, sublimidad, *Histórica*, percepción, etc.) se lleva a efecto, en parte, como expresión de una concepción compleja del universo de problemas propiamente especulativos concernidos ejemplarmente en la pregunta filosófica en torno a las condiciones de posibilidad del conocimiento de la historia. Una edición de inspiración graciana que ha sabido distinguir muy audazmente el campo de indagación concep-

tual sin cercenar la multiplicidad de enfoques compositibles que sirven de aproximación al problema de la historia de los conceptos, pues ésta, como es obvio, no puede realizarse *de facto* sin el análisis de la gestación de cada uno de ellos. Por todo ello, como cada gestación es singular, *Conceptos* edita aquí (y con audacia, como ya decía) un elenco de artículos en los que se dan rigurosamente la mano las dos perspectivas mentadas: la metodológica, propiamente especulativa, y aquella otra centrada en la semántica y pragmática conceptuales.

Joaquín Abellán ofrece una revisión de la formación del concepto “ciencia política” en el siglo XVII a través de un texto en el que el autor ha sabido combinar la erudición del historiador con la elección elocuente de textos y autores a través de los cuales ha jalonado su artículo de significativos ejemplos para dilucidar la evolución del contenido semántico, así como del uso de la *ciencia política* desde los tiempos de Aristóteles. Sobre este último, introduce una reflexión final acerca de la distinción entre ciencias teoréticas y prácticas. De particular interés resulta esta última incursión, que lleva a la reconsideración filosófica de la *politike episteme* a la luz de un conocimiento racional asociado a la deliberación y a la tópic, tornando de este modo más comprensibles algunos de los problemas relacionados con la evolución del concepto de “ciencia política”.

Existiendo una armonía metodológica implícita con el punto de vista desarrollado por Abellán, el artículo de Giuseppe Duso se centra en la reivindicación de la perspectiva en clave conceptual a la hora de aproximarnos al pensamiento de autores filosóficos, pues es la única que nos garantiza una forma de comprensión en clave verdaderamente histórica, toda vez que para aquéllos el contexto de acción en el que se desarrolla su tarea es un contexto de acción conceptual.

Faustino Oncina analiza con un rigor ciertamente pulcro la relación entre Ilustración e historia conceptual a propósito de la edición en castellano de la que fuera la tesis doctoral de Koselleck publicada en 1954, *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, a tenor de lo cual replantea algunas tesis de Koselleck acerca del pretendido papel jugado por Lessing como “catalizador de la Revolución”. Para mostrar y justificar su divergencia, Oncina analiza en clave conceptual el significado adquirido en el pensamiento de Lessing de conceptos como el de “amistad”, “política”, “ciudadanía” y “masonería”.

De las razones que llevarían a interpretar la filosofía de la naturaleza de Schelling como el desarrollo primero de una explicación filosófica de la tesis que daría inspiración, posteriormente, a la teoría de la evolución de Darwin,

se dedica Matthias Kossler en un trabajo que no sólo tiene de original el hecho de mostrar claramente la flexibilidad de la perspectiva conceptual para replantear el alcance de teorías pasadas sobre nuestro modo de repensar formulaciones posteriores, sino la de —siguiendo el camino, pero en sentido opuesto— llegar a reinterpretar lo antiguo a la luz de la historia de los efectos generados, si no *de facto*, en el curso del legendario tiempo histórico en la línea que va de Schelling a Darwin, sí al menos en el tiempo histórico al que se vincula la recreación del intérprete. Es éste último quien hace esa comunicación composable bajo una nueva temporalidad, a saber, la de la recepción de hipótesis explicativas con efectos comprensivos, tanto en lo que respecta a Schelling como a Darwin.

El trabajo de Giovanna Pinna es otro ejemplo de cómo la investigación en clave conceptual no sólo constituye un acicate para investigar la relación entre pensadores y el modulado efecto de esa sabiduría que Gracián expresó bajo el opúsculo en torno a la conveniencia de *saberse ladear*, sino la de ser además un método para obtener una reconstrucción más precisa en clave semántica. Recurso que se nos muestra ejemplarmente en el caso del concepto de ‘sublime’ en el pensamiento de Schiller; concepto que lleva a éste —bajo el influjo kantiano— a conjugar la idea de belleza con el concepto de sublime: una relación que, pese a la inicial tensión irresoluble entre belleza y sublimidad, se expresa prototípicamente en la figura ejemplar de la tragedia, el lugar donde los opuestos se expresan bajo una relación dinámica.

La sugestiva investigación de José Manuel Romero Cuevas replantea el problema de la *Histórica* ahondando en la tradición kantiana, a fin de ofrecer una revisión crítica de la elección de Koselleck de ciertas categorías con las que ha postulado el estatuto transcendental de la historia, es decir, la piedra de toque para representarnos en qué habrían de cifrarse las condiciones de posibilidad de toda historia posible. Toda vez que dichas categorías ofrecen ciertos problemas para llevar a efecto dicho objetivo especulativo, José Manuel Romero propone otros modelos para concebir críticamente la historia, y ello de la mano de Nietzsche y Benjamin, encontrando en dichos autores modelos con los que, sin olvidar la tradición anterior, el problema de las condiciones de posibilidad de toda historia posible se concibe también bajo el concepto propiamente de “apertura”. Con esta estrategia argumentativa, en la que se juega de algún modo a hacer composable una paradoja, el autor establece

muy sugestivamente el conjunto de problemas que llevarían a la *Histórica* a replantear el sentido y alcance especulativo de su carácter trascendental.

Con un estilo ciertamente depurado y ameno, Elena Nájera dedica su artículo a la relación que mantuvieron Nietzsche y Wittgenstein con la escritura y, más específicamente, con la escritura deliberadamente fragmentada a fin de producir efectos discursivos adecuados para la representación de conceptos relacionados con realidades en las que se da un cierto grado de inefabilidad, tal es el caso de lo estético y lo religioso.

Karina P. Trilles Calvo cierra el quinto número de la revista *Conceptos* con un artículo especialmente creativo y elocuente dedicado a la descripción de los límites del modelo dualista en la epistemología clásica en virtud de experiencias de naturaleza perceptiva y plástica, y en las que dichos límites experimentan, a su vez, una insalvable opacidad explicativa. Estas limitaciones son interpretadas por Trilles Calvo a la luz de la investigación de Merleau-Ponty, y llevan a la autora a justificar la necesidad de replantear un modelo de ontología o, mejor, (endo)ontología en la que la dicotomía conceptual entre sujeto y objeto es rebasada por nuevas relaciones conceptuales.

Reseña de José Manuel Sánchez Fernández del libro F. Oncina Coves, *Historia conceptual, Ilustración y modernidad*, Barcelona, Anthropos Editorial, 2009.

La modernidad establece de un modo paradójico (en algunos casos hasta pernicioso) una serie de relaciones convulsas con aquellos personajes que consiguieron elevarla en singularidad categórica en el período histórico, en el que el ámbito de lo tecnológico se desarrolla superlativamente como en ninguna otra época de la humanidad. Este hecho responde a un deseo que traspasa las barreras de la realidad y se erige en proceso, cuando todavía no ha conseguido culminarse como proyecto. Pero la modernidad no es sólo deseo, sino esencialmente crítica (como nos recuerda Koselleck), la cual se ejerce inapelablemente a través de juicios de carácter metafórico que hiperbolizan la propia realidad hasta el paroxismo.

Como remedo ante los argumentos inocuos o meramente asépticos, el Prof. Faustino Oncina desentraña el complejo sistema de la modernidad a la luz de la Historia Conceptual (*Begriffsgeschichte*), en cuyo contenido abunda acentuan-

do los hechos decisivos y traduciéndolos en principios explicativos. Ya desde el *Prólogo* —que no hemos de perder de vista puesto que se perfila como una sección más del libro, como su “Capítulo 0”— Oncina nos aclara los términos en que se asienta su discurso:

“En los momentos de zozobra cultural, de crisis y de paroxismo siempre se pone en cuestión el andamiaje conceptual de la época, que ahora se les antoja exangüe, inextricable o fútil a sus propios coetáneos, y se padece la penuria significativa, la inanidad semántica de nuestro patrimonio lingüístico cual mortaja de un tiempo en fuga, que se nos escapa rauda y turbulentamente” (p.13).

La crisis siempre viene acompañada de una serie de acólitos (*penuria significativa, inanidad semántica*), cuyo rostro mimetiza con un estado de cosas que raya la desorientación y la pérdida de sentido. Ante estos hechos, Oncina reacciona proponiendo que entendamos la modernidad como un proceso de investigación que ahonda en las distintas capas de la realidad en un ejercicio de estratigrafía conceptual que orienta y dirige la compleja trama donde se desarrolla nuestra vida, en muchos casos, veloz y apresuradamente. La modernidad se cataloga con acierto de *velociferina*, calificativo que responde a la herencia faústica del hombre joven que se reconoce triunfador y sabio mucho antes de alcanzar la madurez. Es la historia del éxito anticipado, de la vida apresurada que no mira nunca hacia atrás y sólo ve el porvenir. En tal concepción de ser humano se vislumbran los dos componentes esenciales de las sociedades avanzadas: en primer lugar, la velocidad acelerada del cambio, la transformación de las acciones y el desarrollo de herramientas tecnológicas y, por otra parte, la intención maligna (por tergiversada y premeditada) que incita a la prisa, a perder el resuello (el no llegar a tiempo) y así agotar hasta el último segundo de cada día:

“Goethe y su perspicaz acólito diagnostican las patologías de la precipitación: la mediocridad y la entropía. La embriaguez de la celeridad, la aversión a lo sido, la amnesia simulada o la memoria selectiva prefiguran aquí las abruptas quiebras de la historia alemana” (p.72).

La modernidad y su cristalización en el periodo ilustrado se erigen en clave para la explicación de nuestro presente que, al decir de Koselleck, es esencial-

mente “futuro pasado”, retrospectiva y reflexión (instancias típicas de la modernidad), esto es, *recuerdo* y *esperanza*. Este camino de ida y vuelta es un trayecto que recorre la práctica totalidad de lo que sucede en la realidad, de la cual no se escapa siquiera una brizna. De ahí que las dos categorías fundamentales que maneja Oncina en sintonía con la *Begriffsgeschichte* sean experiencia (*Erfahrung*) y expectativa (*Erwartung*). Ambas ejemplifican respectivamente el propósito de la Historia Conceptual, su decurso y el abismo que las separa.

Para adentrarnos un poco en la estructura nuclear del libro que reseñamos (mucho más que un compuesto de artículos o un mero agregado), podemos establecer hasta tres secciones internas (en correspondencia cuantitativa con su propio título) que lo dividen temáticamente. En primer lugar (Caps. 1 y 2), se desarrolla una propuesta metodológica fundamental, que explica el papel de la Historia Conceptual en el entramado crítico, a la vez que pugnante, con las dos disciplinas filosóficas en boga desde el siglo XIX: la Filosofía de la Historia y la Hermenéutica. El resultado se muestra a modo de acicate frente a las *ideologías* y los *sistemas* que son dos modos típicamente *modernos* del proceder historiográfico. Por este motivo, hemos de distinguir claramente entre *factor* (como lo hace Lübbe) y *tempo* (como lo explicita Oncina; p.65 y 214) de la historia. En primer lugar, un *factor* es el contenido interno de un concepto, el cual, sometido a los avatares históricos, se encuentra en movimiento y es, en definitiva, un producto más (una creación) de la realidad. Los conceptos no son sólo instancias metateóricas, atemporales, eternamente establecidas frente a la realidad con la que se corresponden. Los conceptos y su historia se encuentran *en la realidad* y son deudores de la orientación que sus creadores quieran imprimirles, momento que constituye su pragmática. En segundo lugar, el *tempo* es el trasunto de la realidad, el contenido interno de la misma que se mueve y se desliza por la superficie de los hechos contrastables. El *tempo* hace referencia a los estratos del saber que corresponden, como no puede ser de otro modo, con los *estratos* de la realidad. A este respecto, la riqueza de la experiencia es siempre un indicador del nivel de profundidad con que la acometemos, en efecto, a través de dichos conceptos.

Mas el *tempo* contiene también paradojas de las que Oncina nos relata su primera disintonía: “Tan peculiar estratigrafía nos enseña que el *tempo* de los conceptos, sin embargo, no es el de las estructuras sociales, sino que unos y otras contienen diversos estratos temporales con diferentes velocidades de cambio” (p.65). El problema de la divergencia entre estructura y realidad se cruza

con el de la segunda categoría ya mencionada de expectativa. De los problemas derivados de esta asimetría, Oncina se ocupará en la segunda parte del libro (Caps. 3-4). Así, en efecto, no existe correspondencia entre deseo y realidad, como tampoco la hay entre institución y sociedad. El abismo que se abre entre la sociedad y el Estado que la cobija es insalvable. El arcano será el vínculo necesario que conecte ambas instancias por medio del poder mismo y de su legitimación:

“Las escisiones de la sociedad civil, peraltadas por las que produce el gobierno y aumentadas por las rivalidades entre Estados, levantan nuevos obstáculos para el ideal cosmopolita e igualitario. Los Estados ahondan, desvirtúan la diversidad interna a la sociedad. No hay escapatoria al círculo sociedad civil-Estado” (p.98).

La práctica de las virtudes sociales comprende también una orientación beligerante. El Estado ejerce una función esencial al gestionar la violencia que reprimida ofrece un espacio de acción social adecuado a la nueva moral construida en base a dos conceptos: tolerancia y paciencia, que Oncina vincula por medio de su contenido semántico: “*Geduld* y *dulden* comparten etimología” (p.109). El núcleo de la cuestión social ilustrada pasa por ser una expresión del tipo “hasta cuando y hasta dónde” hemos de soportar las cargas con las que nos lastran nuestros Estados. Cuestión que puede extenderse, en los casos puntuales de lo pecuniario, hasta el infinito.

Los teóricos de la modernidad ilustrada que Oncina señala (Lessing, Herder y Schlegel) han planteado el problema de la violencia, su legitimación (Schlegel y su status de derecho y privilegio del Estado) pero, sobre todo, el carácter inadecuado de los autogobiernos (Lessing) y, finalmente, de la autolimitación en las acciones humanas (Herder y la doble cara de la Ilustración). En este sentido, cabe señalar la importancia de aquellos que se opusieron a la modernidad como institución monolítica de lo público:

“Luego si la publicidad define la razón en todos sus apartados, si constituye la principal seña de identidad de la Ilustración, el secreto abre una sima en el siglo de las Luces que, en el terreno de la política, desciende hasta la *ratio status* privada que caracteriza la teoría política del XVII” (p.137).

El primero de los errores de la Ilustración consiste en que los ámbitos de lo público y lo privado se desarrollan en una suerte de analogía con la madurez

de los seres humanos. La Ilustración parece mostrar que quienes no son capaces de someterse al juicio público en sus acciones (juicio, por otro lado, siempre interesado y partidista) carecen de la capacidad de madurez propia de los seres humanos avanzados. La crítica disuelve las diferencias tradicionales entre el *domos*, cuyo ámbito correspondía con la gestión de lo propio (casa, fuego, hogar), y el *ágora*, lugar en el que se resolvía lo común a la vista de todos. Ahora se produce una transformación en virtud de la cual el *ágora* responde al método educativo, al principio de instrucción que habilita o prohíbe (por medio de interdictos) las acciones de los que integran, al mismo tiempo pública y privadamente, la sociedad. La prohibición será el puente que acorte la distancia entre las orillas de lo público y lo privado, de ahí que el secreto y sus sociedades emerjan en la realidad política como acicate frente al monólogo del Estado, que sólo escucha cuando no sabe hacia dónde se dirige.

Es, pues, a partir de los elementos que señalamos en los cuatro primeros capítulos a través de los que Oncina se adentra en la tercera y última sección (Caps 4-8) que denominamos (haciendo paráfrasis de uno de sus propios textos; p.249): *de la adicción del fanático al impulso del entusiasta*. En dichos capítulos se relata la discontinuidad del proceso de la modernidad y se nos muestran los baches, que en muchas ocasiones son profundos abismos (*Klüfte*), como en el caso de la relación entre experiencia y expectativa, resultado de una consideración hiperbólica del contenido que forma parte del decurso del tiempo ilustrado.

El Estado ilustrado, auténtico gestor de las capacidades humanas, se encuentra constituido en base a dos acciones fundamentales: la coacción (o imposición) y la coerción (contrato). Ambas participan de una violencia insita que gestiona el poder de una forma disimétrica y cuyo contenido es la razón de la fuerza, es decir, el principio de conservación del Estado mismo. Oncina lo entiende en el siguiente sentido: “la lucha contra la violencia es el primer detonante de violencia” (p.176). Precisamente para conservarse, los Estados prohíben lo que no toleran y aguantan lo que no les cabe en la paciencia. Esto es, convierten en contrato y legislan las imposiciones como ya se hiciera en el Imperio Romano por Diocleciano (S. III d.C) quien hizo legal la coerción (revisión periódica de censos) y la represión (el *consortium* que penalizaba la emigración local mediante cargas) para que nadie escapase al tributo. Después de 800 años de historia todos los ciudadanos de Roma pagaban impuestos.

La parte final del libro que nos ocupa se revela esclarecedora. Parece que la ubicación de los dos últimos capítulos concluye con el paréntesis abierto al comienzo del libro en el que Oncina presenta los argumentos categoriales propios de la *Begriffsgeschichte*: el *factor* y, sobre todo, el *tempo*, siendo este último término el que desarrolla temáticamente en el autor que le es más caro del idealismo alemán: Fichte. Oncina presenta la Ilustración fichteana a partir de su desarrollo en el derecho, del cual derivan dos matices del *tempo*, cuya cercanía a la física es completamente moderna. Los conceptos de fuerza (extensión) y de aceleración (validez) se presentan, como si de un ejercicio de física aplicada se tratase. De este modo, la perspectiva de la ciencia del derecho: “es afrontada en conexión con los conceptos de fuerza (*Kraft*) en sentido físico, de poder-fuerza (*Gewalt*) y de potencia-fuerza (*Macht*)” (p.216).

Para concluir tan sólo señalar el *factor* determinante que vincula la esquizofrenia con el arcano. Así pues, la asunción inmadura del propósito liberador kantiano es calificada por Oncina como “adicción”: “A la adicción le ha seguido la sobredosis” (p.74). El complejo proceso ilustrado, nos ofrece personajes de muy bajo calado: “¿Acaso para el kantismo su tempo, el ritmo moderno, no es en realidad una arritmia, una precipitación?” (p.238). De entre todos ellos (el adicto o el esquizofrénico), Oncina opta por analizar al fanático, el jacobino, que es la personificación, a la vez que el resultado directo, de la constitución compleja y multitud de veces tergiversada de la modernidad. Los resultados son más que manifiestos: impaciencia, mediocridad y manipulación. Sin embargo, Oncina se encuentra en la óptica del entusiasta que ofrece un nuevo impulso a la modernidad, si cabe desde sus fundamentos. Compleja labor que el autor acomete con tal rigor y seriedad, que se contagian fácilmente al lector de este libro quien, sin lugar a dudas, obtendrá una buena recompensa.